

Aquella tarde de mediados de agosto La Rambla era un río de gente. Había muchos turistas, pero no solo. Younes entró en La Rambla por Canaletas (junto a Plaza Catalunya) atropellando de golpe a varias personas que caminaban juntas, algunas de las cuales cayeron por el hueco de la escalera del metro. Un grupo de policías salió corriendo detrás del vehículo, pero fue inútil, pues Younes estaba ya sobre otro grupo, 50 metros más abajo. Aceleraba e iba dando bandazos a izquierda y derecha del ancho paseo, buscando gente. Iba con el cuerpo echado sobre el volante, las gafas de sol puestas y el rostro serio, inmutable, según declararon varios testigos: «Lo que más sorprendió a la señora Fátima es que el conductor iba sin ningún tipo de gesto en la cara, que parecía un muñeco. No había expresión en la cara».

**Julian Cadman**, un niño australiano de 7 años, había venido a Barcelona con su madre para acudir a una boda, en la que iba a ser paje. Paseaban por La Rambla cuando llegó la furgoneta. En medio del caos, se separó de su madre, que también fue atropellada y llevada a un hospital. El padre llegó desde Sidney, fue a la morgue y reconoció el cuerpo. Meses después, la madre, en silla de ruedas por las múltiples operaciones a las que había sido sometida, explicó que cuando el atropello, ella y su hijo acababan de salir de una juguetería y que sintió como él le soltaba la mano.

**Bruno Gulotta**, de 35 años, estaba en La Rambla con su mujer y sus dos hijos pequeños. Querían comprar *souvenirs* para el resto de la familia, que les esperaba en Italia. Al ver la furgoneta, su mujer empujó lejos el carrito con la hija pequeña y él apartó al pequeño Alessandro, de cuatro años, que vio morir a su padre. La hermana de Bruno nos dijo que el día antes de que éste viajase a Barcelona, ella le había dado a conocer a su hija recién nacida, la nueva sobrina de Bruno, y que habían quedado en celebrarlo a su vuelta con una botella de vino.

**Carmen Lopardo**, italiana de 80 años que vivió casi toda su vida en Argentina, había llegado a Barcelona en un crucero. Viajar era una de sus pasiones, junto a bailar tango y sus 10 nietos, que la consideraban una amiga con la que compartir secretos. Tras los atentados, su hijo viajó a Barcelona, de donde volvió con las cenizas de la madre. Otra vez viajó al año siguiente, para el homenaje que Barcelona dedicó a las víctimas, y de nuevo en 2019, esta vez junto a su mujer y

sus hijos. Una noche, paseando por La Rambla, se detuvieron en el lugar en donde a él le habían dicho que había caído su madre, la abuela Carmen.

**Ian Moore Wilson**, nacido en Escocia hacía 78 años, estaba de vacaciones junto a su mujer, con la que llevaba casado 53 años. De joven había trabajado en la Royal Air Force, como técnico de radares, y luego se había trasladado a Canadá, donde él y su mujer vivían en una casa de campo, en la que tenían ovejas y gallinas. Su hija, sargento de policía en Vancouver, escribió un obituario en el que destacaba que su padre daba la impresión de vivir agradecido por lo mucho que la vida le había dado.

**Elke Vanbockrijck**, de 44 años, trabajaba en el servicio postal de la ciudad belga de Tongeren, donde vivía con su marido y sus dos hijos varones, de 11 y 13 años, a los que solía llevar a jugar a fútbol, la gran pasión de los chicos. La familia estaba de vacaciones en Barcelona; el pequeño era fan de Lionel Messi y pensaban visitar el Camp Nou. El marido vio llegar la furgoneta, que «daba la impresión de pasar por encima de objetos, dando botes», según declaró. El hombre cayó al suelo, y al levantarse vio a sus hijos, pero no a su esposa.

**Luca Russo**, de 25 años, visitaba Barcelona con su novia, Marta. Además de las ganas de ver mundo, les unía la pasión por la música (a él le gustaba ir a verla cantar en el coro de Bassano, la pequeña ciudad italiana donde vivían). Volviendo del Palau de la Música Catalana cruzaban La Rambla cuando la furgoneta se los llevó por delante. Marta perdió a Luca de vista y fue llevada al hospital con varias fracturas, donde días después le comunicaron la muerte de su novio. En Bassano, unas becas que llevan su nombre permiten hoy a estudiantes de secundaria estudiar en el extranjero. Marta nos dijo: «Para mí es un fin bello, ya que con esto les decimos a los jóvenes: vale, sí, nunca sabes qué puede sucederte... pero no por eso debes tener miedo. Viaja, conoce, hay tantas cosas bellas por hacer.»

**María Lurdes Correia y María Monteiro** eran abuela y nieta, además de grandes amigas. Ambas estaban en Barcelona para celebrar el cumpleaños número 74 de la abuela. Eran portuguesas, de Lisboa, aunque la nieta, de 20 años, residía en Londres. Acababan de llegar y habían salido del hotel a dar su primer paseo por la ciudad. Fueron atropelladas juntas, y en el suelo quedaron a muy pocos metros la

una de la otra. Antonio Correia, padre de la joven María e hijo de la abuela María, dijo: «Que Dios los perdone, porque yo no puedo».

De **Jared Tucker**, un norteamericano de 43 años, padre de tres adolescentes, queda una última fotografía que fue tomada en La Rambla poco antes de su muerte. Sonríe junto a su mujer, los dos brindando en una de las terrazas del paseo. Celebraban el primer aniversario de boda. Poco después de esa foto, ella se probó un brazalete en uno de los quioscos y escuchó un griterío; fue empujada dentro del quiosco. Estuvo un día buscando a su marido, sin tener noticias, hasta que fue a la morgue a reconocer el cuerpo.

**Francisco López**, de 57 años, y su sobrino nieto **Xavi Martínez**, de 3, con el que paseaba aquella tarde, murieron arrollados. Estaban pasando el día juntos, con la hermanita de Xavi, la madre y la tía de ésta, la esposa de Francisco. Paco, como lo llamaban, y Roser, su mujer, habían criado a cuatro hijos y dos sobrinos, que acogieron siendo niños. Paco había nacido en Granada y vivía en Rubí, donde había sido profesor de Formación Profesional y trabajaba como encargado en una fábrica mecánica. El jueves, antes de pasear por La Rambla se habían montado en La Golondrina, uno de esos barcos de paseo del puerto, y se hicieron una foto.

Xavi había cumplido 3 años el 25 de junio. «Era pólvora pura», nos contó su padre. Y no quería ser el pequeño. Tenía dos hermanas mayores, una de 7 y otra de 25, que ahora es psicóloga. Ese septiembre tendría que haber ingresado en el colegio de los Maristas de Rubí, donde guardaron su perchero y su silla vacía durante todo el curso. El padre, Javier, guarda una réplica del cochecito de policía preferido de Xavi, el primero que le había comprado su abuela. «El original se lo di a la Guardia Urbana, que son los que intentaron salvarle la vida», nos dijo.

**Desirée Hildegard Zolotas** era una alemana de 51 años que vivía en Grecia, donde estaba casada con un médico de aquel país y tenía dos hijos. Los cuatro iban paseando por La Rambla aquella tarde. Tras ser atropellada, ella pasó 10 días en el Hospital del Mar en estado muy grave, hasta que finalmente murió tras ser sometida a una operación. Tanto su marido como sus dos hijos resultaron heridos.

**Josefa Codina**, a la que llamaban Pepita, tenía 75 años y vivía en un pueblo cercano a Ripoll. Era viuda y tenía nietos. Aquella tarde iba por La Rambla con su

hija Elisabet; ambas habían llegado a Barcelona de compras. Cuando pasaban frente al mercado de la Boquería, Elisabet le preguntó a su madre si quería entrar a comprar unas olivas. Fue su última conversación. «No vimos absolutamente nada, nos lo hicieron a traición. Habíamos pasado el mercado, el Liceo, fuimos de las últimas que atropelló», nos dijo Elisabet por teléfono. «Mi padre estuvo enfermo de cáncer y murió, pero eso entra dentro de tu capacidad de entender; esto nunca te lo puedes imaginar y nunca lo puedes entender», añadió.

**Silvina Pereyra**, argentina criada en Bolivia, vivía desde hacía diez años en Barcelona. Durante años fue dependienta en un puesto de fruta de La Boquería. Una de sus hermanas nos contó que Silvina había emigrado a Barcelona para cambiar de aires, porque le estaba costando superar la muerte de su madre. Y en gran parte lo había logrado. Tenía aquí muchos amigos, además de primos, y era razonablemente feliz. Las hermanas hablaban a diario; últimamente Silvina decía que había logrado sentirse en paz, algo que no había sido fácil, pues las tres hermanas y la madre habían sufrido durante años maltratos por parte del padre. Silvina, nos dijo su hermana, era una «guerrera», como su madre. Era ella, a pesar de ser la más pequeña de las tres, la que siempre defendía a las hermanas mayores en cualquier situación. Silvina murió en La Rambla, sobre el mosaico con el que Miró quiso dar al viajero que llegaba por mar la bienvenida a la ciudad.